

Armando Moore

El heroísmo de la normalidad

Madre
Enriqueta
Dominici
de las
Hermanas
de Santa Ana



EL HEROÍSMO DE NORMALIDAD

**Madre Enriqueta Dominici de las
Hermanas de Santa Ana**

Armando Moore

**EL HEROÍSMO
DE LA NORMALIDAD**

**Madre Enriqueta Dominici
de las Hermanas de Santa Ana**

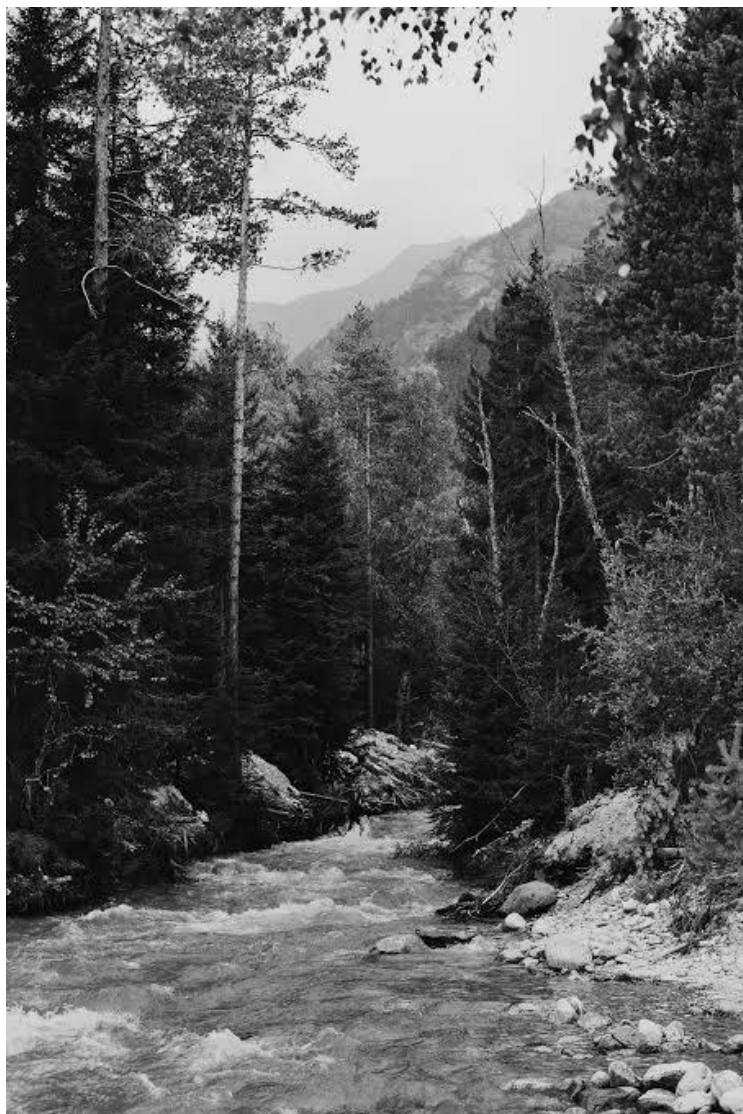
PERU, 1994



DATOS BIBLIOGRAFICOS

10 de octubre de 1829:	Catalina Dominici nace en Burgo Salsasio Carmañola (Turin) de José Dominici y Ana Pipino
11 de octubre de 1829:	Bautismo
26 de marzo de 1839:	Recibe de su tío Párroco Don Andrés Pipino la Primera Comunión.
11 de junio 1840:	Recibe el Sacramento de la Confirmación
19 de noviembre 1850:	Entra en el Instituto de las Hermanas de Santa Ana en Turín.
26 de julio 1853:	En la Capilla de Santa Ana en Turín hace los votos religiosos.
4 de octubre 1854:	Viene transferida a la casa de Castelfidardo.
23 de junio 1858:	Regresa a casa madre Santa Ana de Turin y viene nombrada pro tempore Maestra de las Novicias.

1 de julio 1861:	La Congregación de los Obispos y de los Regulares aprueba y confirma la elección de Sor Enriqueta como Superiora General del Instituto.
noviembre 1865:	Escoge como Director Espiritual a Padre Peregrino Tofoni.
julio 1867:	Viene reelegida por un segundo sexenio Madre General Conserva este encargo hasta la muerte.
octubre 1879:	Parte hacia Secunderabad en India para visitar la primera casa misionera del Instituto.
14 de julio 1885:	Viene recibida en audiencia privada por el Papa León XIII
21 de febrero 1894:	Muere en Turín de cáncer al pecho, a la edad de 65 años.



Mujer

La punta emergente

Madre Enriqueta se nos presenta mujer como ninguna otra. Mujer en el sentido más profundo, completo y complejo del término. Ya que es -para quien sepa ver- una novedad extraordinaria¹.

La santidad es como una montaña flotante de hielo. A los ojos de los hombres aparece la vida externa o exterior de un santo y una porción mínima con respecto a la vida inferior. Del Iceberg se ve sólo la punta emergente. La «montaña» está inmersa en el mar. De lo poco que asoma de un santo podemos tratar de reconstruir la vida escondida, y siempre con el riesgo de equivocarse en la medida y el peso. Sólo Dios tiene derecho de escribir hagiografía.

El presupuesto que nos permite balbucear algo sobre los santos es que no se puede fundar una espiritualidad sobre la nada, bajo cada santo hay un hombre; antes de «dedicarse» a la santidad es necesario aprender bien la lección de la humanidad.

Madre Enriqueta es una mujer muy humana. Es una mujer enraizada a su tierra, tierra del piamonte, dura y dulce. Antigua de historia y de poesía. Severa, pero generosa con quien la toma en serio.

La femineidad de Madre Enriqueta es una femineidad de campesina piamontesa. Testaruda y fuerte, pero también llena de ternura y maravilla. Un carácter callado y pudoroso. Por tres años Madre

¹ *Enrichetta donna di Dio*, p. 6.

Enriqueta esconde la llaga mortal que le devora el pecho, sufriendo como solamente las mujeres pegadas a la tierra saben hacerlo: en silencio, para no turbar la serenidad de los otros, apretando los dientes y sonriendo.

En ella habitan las penas, las dudas, las pasiones y las fiestas de todos los hombres, de todos los días, de todos los tiempos. Y las respuestas de Madre Enriqueta a estos estímulos, a estos desgarrones, no parecen nunca extraordinarias. Son calibradas al milímetro y genuinas al mismo tiempo, nada de mucho y nada de muy poco, respuestas concretas que saben de tierra, de pan, de aire y de sol.

Pero es superficial la punta emergente para llegar a una coherencia, a un equilibrio casi perfecto, hará falta un dominio heroico de sí misma, una plenitud de interioridad, una santidad luchada centímetro a centímetro. La «montaña» sumergida que sólo a los ojos de Dios está permitido contemplar.

La escuela más ruda

Tomé pues la resolución desde entonces de callar con todos menos con Dios y probar de hacer entretanto por cuenta propia un poco de noviciado en casa. Este noviciado, en el cual tuve como directora a mí misma, fue muy riguroso y tengo que decirlo, tam-bién un poco peligroso. Buscaba imitar la vida de los santos, y ya que el fervor sensible me transportaba, caí en excesos².

² Vigilia Heróica, p. 96.

Catalina está fortalecida con golpes muy duros de la vida desde su niñez, sus juegos se acaban pronto. Hay cosas más importantes que las flores y las muñecas. Problemas de familia a los cuales se tiene que hacer frente. José Domínici, el padre, está separado de la madre Ana María Pipino con «formal divorcio».

Catalina es de carácter vivo, inclinado al enojo y se irrita fácilmente por cualquier cosa. Pero ha empezado la lucha contra su amor propio. Es una batalla en la que combate sola, con empeño y testarudez.

Al comienzo con excesos y tropiezos, pero su conciencia clara de campesina le permite llegar pronto a la justa medida entre sus esfuerzos personales y la labor lenta y continua de la gracia divina a la que se abandona.

Sólo a los cuarenta años escogerá un director espiritual fijo, la suya es una santidad de autodidacta, que es la escuela más ruda. Aquella que tiene por examinador severo a sí misma y por programa la voluntad de Dios.

Desde ahora se establece entre Catalina y Dios aquella relación secreta, aquel diálogo íntimo que forjan las almas y del cual se ven los frutos pero no las raíces. Más allá de aquel umbral no nos es concedido proceder ni siquiera de puntillas, Dios es celoso en sus trabajos «maestros». A los santos se puede admirar, imitar y agra-decer pero sólo Dios los entiende porque son obras de sus manos.

Catalina calla todos sus secretos. No tanto por su natural modestia de campesina, sino porque los secretos de amor maduran en el silencio.

El heroísmo de la normalidad

Escribí más en el corazón que en el papel, entre mis propósitos éste en particular, de no juzgar nunca a ninguno...y siempre pensar bien de todos según lo requiere la caridad y donde la acción fuese tal de no admitir excusa, siempre disculpar la intención y me parece haberla mantenido constantemente, no obstante las luchas que en alguna ocasión debísostener a este respecto, mediante la asistencia misericordiosa de mi buen Dios³.

Madre Enriqueta no se ha equivocado jamás en el amor. Ha escogido vivir para amar y en el amor muestra toda su sensibilidad de mujer.

Es mujer en la capacidad de dilatar el corazón para acoger en los demás hasta el más tenue rayo de bondad.

Es mujer en el intuir las intenciones más allá de las apariencias. Susensibilidad no decae jamás en el empalago, patetismo o materialismo. No hay ni una línea de su autobiografía que manifieste aspectos de sentimentalismo o dudosa interpretación.

La suya es una sensibilidad de intuición y de raciocinio, una sensibilidad que le permite enfocar inmediatamente, aún los más mínimos matices de las necesidades de los demás.

Madre Enriqueta tiene para los otros como un sexto sentido. Habituada a «leer» a Dios, no tiene dificultad en «leer» a quien está a su lado.

³ *Vigilia Heróica*, p. 130.

Es mujer con disponibilidad a disculpar y perdonar, consciente de la paciencia que Dios tiene con ella, siente el deber de corresponder con la misma misericordia para con los demás.

Es mujer en servir a tiempo completo a cuantos le piden consejo, consuelo y ayuda. Un servicio hecho con tacto, con prudencia, con desinterés y con alegría, sin pesar el sacrificio que comporta y sin pesar los méritos o deméritos de quien debe beneficiar. Este modo de ser mujer es normal si dura poco tiempo y si admite alguna excepción. Pero, cuando es a lo largo de la vida y no pierde jamás un golpe, entonces la normalidad se vuelve heroísmo.

La mujer realizada

El Señor es mi Padre y de cualquier modo que El disponga respecto a mí, tomándolo de su mano estoy segura que lo volverá en bien y ventaja mía⁴.

Aquello que nos desconcierta en el santo no es el milagro, el acto extraordinario, es el gesto imprevisto y luminoso. El heroísmo es coherente a un ideal. Es descubrir con claridad un punto y construir en torno a una vida. Y cuando el punto es Dios, entonces el heroísmo se vuelve santidad.

Madre Enriqueta es una mujer del pueblo, simple, reservada y oculta, no realiza acciones extraordinarias, su

⁴ *Humildad y Grandeza*, p. 225.

biografía no ofrece aventuras o golpes de escena. Pero esta mujer «pobre» ha tenido el coraje de ser siempre ella misma.

Comprende que la santidad es ante todo aceptarse como Dios nos quiere, tomar todo de su mano como un niño confiado. Estar a disposición y en ello encontrar la propia libertad.

Madre Enriqueta es libre, porque sabe aceptar siempre la voluntad de Dios como un don. Y su «sí» a Dios es también en definitiva, un «sí» a si misma.

Madre Enriqueta afirma, porque ha hecho la experiencia que, para alcanzar la libertad de ser si misma hace alta primero encontrar a Cristo libertador y ponerlo al Centro dela propia vida. «Deje hacer al Buen Dios, -escribe a una hermana- abandónese en sus manos, dele plena ibertad de acción sobre usted... El quiere quitar de su carácter todo aquello que haya de malo para cambiarlo en un carácter nuevo y todo según el verdadero espíritu de Jesús. En fin quiere transformarla en El»⁵.

El núcleo sobre el cual Madre Enriqueta funda su antidad es en Cristo, pero en el Cristo obediente. La "alabra que manifiesta y actúa la voluntad del Padre. El Cristo que, en el amor por los hombres concretiza la paternidad de Dios.

Este es el punto fijo en torno al cual Madre Enriqueta La construido, día tras día su montaña escondida. Quizás ste es el secreto de Madre Enriqueta, mujer realizada orque es una mujer «perdida» en Dios.

⁵ *Humildad y Grandeza*, p. 225.

TESTIMONIOS

El Riesgo cristiano

El riesgo cristiano consiste en saber arriesgar por Dios todo aquello que no es Dios.

GUSTAVE THIBON

Ser un hombre

Ser un hombre no significa ser religioso de un modo particular, practicar de cualquier modo especial el ascetismo, sino en ser un hombre. No es un acto religioso lo que hace del cristiano eso que es, sino la participación al sufrimiento de Dios en la vida del mundo.

DIETRICH BONHOEFFER

Un hombre como vosotros

El santo es un hombre como vosotros y como yo, un hombre en el que la gracia de Dios actúa, no a modo de un titiritero que maniobra los hilos de sus marionetas, sino a modo de rocío que penetra hasta el fondo del alma y de sus dificultades.

El santo no es un robot en las manos de Dios, es el amigo de Dios. Es un hombre que actúa por amor a Dios.

R. BRUCKBERGER

Las alas

Creo que si se mirase siempre al cielo, terminaríamos por tener las alas.

GUSTAVE FLAUBERT



Religiosa

De cada piedra una flor

***¡Qué día tan terrible! Vacía de toda obra buena. El Buen Dios no me permitía ver otra cosa que mi grandísima miseria e incapacidad para cada cosa. Quería irme a refugiar en los brazos de mi Buen Dios, ¿pero cómo y dónde encontrarlo, si cada día El se alejaba más de mí?*⁶**

Un rayo de luz para «leer» en el alma de Madre Enriqueta es la aridez espiritual, que caracteriza toda su vida religiosa. Su vocación nace y madura en el desierto.

En el siglo de decadencia y de romanticismo, es una mujer que vive los extremos: la pesada hipoteca de la desolación interior sin «gustos» particulares, sin compensaciones sensibles a las propias elecciones.

Un hecho paradójico: mientras que esta llamada al desierto el Señor la hace a sus santos después de haberlos colmado de sí, en el caso de Madre Enriqueta se realiza lo contrario. Sólo en la plenitud de la madurez ésta hermana «distinta» parece terminar su camino en el desierto por un proceder más sereno.

Pero su aridez no desemboca en desesperación sino en abandono.

En el desierto ella encuentra la pista que conduce a Dios. En la observancia escrupulosa de la más pequeña norma y de cada coma de la regla.

La obediencia de Madre Enriqueta no es pasiva ni

⁶ *Diario*, p. 302.

pequeña. Siente la rebelión interior de una jornada rociada del sonido de la campana y de los mandatos de la Superiora.

Su carácter práctico, su inteligencia aguda, la hacen entrever a veces la vacuidad de ciertos mandatos, la aridez de ciertas observancias. «A las muchas dificultades que encontraba, a cada paso en el desempeño de los deberes impuestos por la obediencia, se agregaron tales penas internas que no me era ni me sería posible explicar con palabras»⁷.

Pero rápido encuentra la orientación en su desierto. Dentro de su alma debe surgir una fuente misteriosa si Madre Enriqueta logra transformar cada duna en un oasis y cada piedra en una flor.

El suyo, no es un desierto que la domina o la devasta, es un desierto que la trabaja.

La lógica de los santos

En el año 1855 el cólera comenzó a provocar algunas víctimas en Castelfidardo y el terrible flagelo amenazaba con hacer grandes estragos en aquel pueblo... pero hice un pacto con mi Buen Dios de que no me llamara a sí hasta que cesara la epidemia, a fin de poder ayudar hasta el último, con mis miserables servicios a las pobres víctimas...Apenas hice el

⁷ Autobiografía, p. 155.

***ofrecimiento antes dicho, me vino como un escrúpulo por haber dispuesto de una cosa que ya no era mía, es decir, de mi vida*⁸.**

La Madre Enriqueta ha firmado en blanco su alma. Se ha olvidado de si misma. Ha «vendido» su vida a Dios. Ahora hay espacio en ella para todos aquellos que la buscan.

Tiene una admirable capacidad para hacer comunión, sabe escuchar y se vuelve la confidente, la amiga, la hermana de todos. No da soluciones, sino espacio de acogimiento. No ofrece palabras, sino gestos precisos de caridad.

Ha asimilado la lección de Cristo. Con la intuición propia de su femineidad, sabe tomar la Palabra del Evangelio y realizarla en su carne como un hecho concreto. A quien acoge la Palabra se le pide una respuesta: el amor.

Y Madre Enriqueta ama sin nunca decir basta, ayuda «hasta lo último». Su vida no le pertenece. Es propiedad de Dios. Y con lógica férrea y conturbante de los santos, gasta su vida a manos llenas.

Si nuestra vida es de Dios entonces los otros tienen acceso a ella, así pues, es necesario ponerla a disposición completa, porque Dios es generoso y no se pone a pesar con la balanza del farmacéutico cuando dispensa su amor. Así razonan los santos. Por eso son santos. Porque entre la premisa y la conclusión, a diferencia de nosotros, saben enlazar un entonces que perturba nuestra «lógica» acomodadora y cómoda.

⁸ *Autobiografía*, p. 155.

La oración que grita

¡Dios Mío, Dios mío, ten piedad! En estas pocas palabras consiste toda mi oración, cuando en efecto logro poderla hacer. Tengo después algunas horas en el día en las cuales siento un deseo tan grande de mi Dios, que elegiría cualquier pena por dolorosa que ella sea, con tal de que me fuera finalmente concedido encontrarlo; pero ¡pobrecita de mí! Mis suspiros y mis deseos se hacen siempre vanos y yo me veo siempre lejana de mi Dios y sumergida en mi miseria y en mi nada⁹.

Para Madre Enriqueta la oración es una lucha. Dios parece esconderse y ella grita dentro. No es la oración mística de unión. Es la oración que se asemeja a aquella bíblica de los salmos. Es la oración que llama desde lo profundo.

Una oración vigorosa y dolida que no se cansa porque el amor busca hasta que encuentra, toca hasta que se le abre. Es la oración de la nada que invoca al todo.

El diálogo con Dios, en esta religiosa fuerte y con-creta, es siempre compacto. No hay defensas para Dios.

Madre Enriqueta es apegada a El y no cede aún cuando le parezca que Dios quiere despegarse de ella.

El término «Papá bueno» que encontramos en su lenguaje no tiene nada de tierna zalamería. No es infantilismo espiritual. Al contrario, es la inmediatez de una relación apresante, siempre franca y directa.

⁹ *Diario*, p. 302.

Toda la vida de Madre Enriqueta es un seguir a Dios, es una búsqueda afanosa de un coloquio con El.

Ella tiene la necesidad de Dios como del aire y pretende que Dios sea la respiración de su alma.

La oración no es algo distinto de la vida. Madre Enriqueta ha dado todo a Dios, se ha «vendido» a El. Y quiere como contra partida que Dios se done todo a ella. A filo de lógica, una vez más tiene razón según la lógica de los santos, naturalmente.

La cruz que se vuelve existencia.

La oración que con mayor frecuencia yo dirigía al Buen Dios era la de tener que sufrir siempre un martirio secreto y de llegar a las más alta perfección por un camino completamente escondido a los ojos de las criaturas¹⁰.

En 1890 al regreso de un viaje a Sicilia donde había ido a visitar a las hermanas de Acireale, Madre Enriqueta tomó la vía marítima. Durante la travesía una borrasca sorprendió la nave que la transportaba. Madre Enriqueta estaba en el puente fascinada por el espectáculo de las olas. Un movimiento muy violento le hace perder el equilibrio y se golpeó el costado contra el parapeto del barco.

Aquel golpe es el inicio de su calvario, es su primera

¹⁰ Autobiografía p. 185.

estación dolorosa o quizás la lógica conclusión de una vida ya clavada en la cruz.

Aquel golpe parece un banal accidente pero es Dios quien toca la puerta de Madre Enriqueta para anunciarle la hora de la cruz. El sufrimiento físico es la hermana que Dios le manda para acompañarla en el último trayecto del camino que conduce a El. Es la purificación conclusiva antes de entrar en la casa del «papá bueno».

La Cruz de Jesús ya no es un bien invocado, es una carga que hay que llevar y Madre Enriqueta, como siempre, toma esta nueva carga» con naturalidad, casi como si la Cruz fuese connatural a ella. Como si ella y la Cruz hubiesen crecido juntas como buenas hermanas.

Y sobre la cruz eleva su acostumbrada sonrisa. Por tres años, mientras la herida reportada se degenera en cáncer, ella esconde su martirio. Reemprende la vida diaria hasta que los signos externos de su mal no le permiten esconder más «a los ojos de las criaturas» su secreto.

Pero ya el mal está demasiado avanzado. Está corroído por dentro, silencioso e inexorable.

El banal accidente se ha transformado en muerte y en ocasión de santidad. Según el programa de Madre Enriqueta, vivir extraordinariamente en lo ordinario y morir.

TESTIMONIOS

El mar y los continentes.

Dios forja al hombre como hace el mar con los continentes: retirándose.

HOLDERLIN

Morder las piedras

La oración es ayuno antes del banquete, desnudez de corazón antes que capa de cielo esplendente. El hombre muchas veces ha querido hablar de Dios pero de pie; en cambio es necesario aún morder las piedras y gritar: Señor, Señor, Señor...

MILOSZ

Una pena al centro del corazón

Mi pena es grave porque es una pena que no quisiera que se me quitase. Vino como vienen y no saben dónde, como el agua dentro de los muros, las flores de mayo, los vientos del bosque. Vino y se quedó al centro de mi corazón, como hace lo amargo en la cáscara verde del limón.

MANUEL MACHADO

Las bendiciones de Dios

Hay bendiciones de Dios que entran rompiendo los vidrios.

LOUIS VEUILLLOT

No quedarse nada

Cuando uno no se ha guardado nada para sí, la lista de las cosas dadas no tienen importancia, importa no tener más nada de si ni de las cosas que se han dado...

Cuando uno no tiene nada más que dar porque se ha dado...todo, entonces se hace capaz de verdaderos dones. Donde termina lo mío, comienza el paraíso.

PRIMO MAZZOLARI



Superiora

Los platos o el Papa

Si nosotros hacemos las cosas por cumplir la voluntad de Dios y darle este gusto, lavar los platos es tan meritorio como participar en una audiencia con el Santo Padre¹¹.

Madre Enriqueta, elegida Superiora General, sabe conciliar a la perfección los deberes del gobierno con la tierna atención a cada hermana que Dios le ha confiado. En treinta años de generalato funda treinta casa religiosas. Pero no tiene la enfermedad del ladrillo. Tiene la enfermedad de las almas.

En tiempos de rígido autoritarismo, Madre Enriqueta <<<inventa>> la autoridad como servicio. No distingue entre lavar los platos o el hablar con el Papa. Si una y otra cosa son voluntad de Dios comportan los mismos méritos y las mismas alegrías.

Siendo Madre General encuentra «normal» pelar papas en la cocina, curar los ojos a una hermana enferma, sustituir a la portera o lavar los pies a las hermanas.

Cristo ha venido no para ser servido sino para servir. Y comúnmente «así» los santos «mandan» remangándose las mangas.

Pero se necesita fe para mandar así. Antes es necesario morir en la obediencia. Es necesario primero estar habituados a interpretar por propia cuenta los cru-jidos de la voluntad de Dios. Antes de gritar a los otros, es necesario haber domado y puesto la brida a si mismo. No

¹¹ Autobiografía p. 185.

se puede ser todo para todos si antes no se es todo para Dios.

Madre Enriqueta se ha liberado del egoísmo, del pensamiento y la preocupación de sí, de los humores del momento, de las pasiones, de los deseos. Tiene el carisma de mandar porque está libre de los condicionamientos de su ser.

Cuando se está libre con la libertad de Dios, mandar u obedecer son equivalentes, escuchar al Papa o lavar los platos son la misma cosa.

Cuando se está libre por dentro, «reinar» sobre alguien significa arrodillarse delante de él y lavarle los pies, sin tener siquiera la conciencia de hacer un servicio, como si fuese la cosa más natural y descontada de este mundo.

La repugnancia aprovechada

Como siempre había tenido repugnancia por los oficios que daban un poco de autoridad, de modo que me desagradaba incluso el tener que mandar a las chicas de la escuela, así en este tiempo sentía el duro peso de tener que sobresalir por encima de los demás...¹²

Madre Enriqueta tiene un don curioso. Saber traducir en santidad no sólo las ocasiones normales de la vida sino también las que repugnan. No es el arte de poner buena

¹² Vigilia Heróica, p. 173.

cara a la mala suerte, ni a la habilidad de hacer de la necesidad una virtud. Es el don de leer en las cosas, incluso en las más áridas, la sonrisa de Dios. El don de ver en las sombras de la vida el arco iris de Dios.

Pero «don» no es la palabra justa. Aprovechar las repugnancias es una conquista de la humildad, o mejor aún: es una familiaridad con la cruz. Madre Enriqueta sufría en aceptar el mando no por temor de asumir una responsabilidad, sino que siente una repugnancia natural, y reza, como Jesús en el huerto de los olivos, para que el cáliz le sea alejado. Acepta sólo cuando intuye que el mando es una Cruz.

Así podrá mantenerse clavada con los brazos abiertos, a disposición. Así Dios se verá obligado a tomar en sus manos las riendas del Instituto.

Para Madre Enriqueta el mando es un continuo estímulo a la verificación entre las propias palabras y su testimonio de vida. Cada día se «convierte» para mantener en línea su enseñanza con su vida. No tiene necesidad de hacer prédicas. Sus gestos son un reclamo constante para las hermanas. Sin sombra alguna de exhibicionismo. Irradiando una luz interior, como la del Evangelio. Desde el momento en que Dios la ha sacado del moyo, para ponerla en lo alto, no le queda sino que resplandecer.

Se vuelve un punto de referencia: el alma del Insti-tuto, y lo hace con toda humildad porque es consciente de que la suya es una luz refleja. Y con toda seguridad porque la fuerza le viene de Dios. En el fondo ella sólo debe estar con los brazos clavados. No es una cómoda posición, la cruz siempre repugna, pero se puede tener la ventaja de permitir a Dios la libertad de «trabajarnos» mejor. Según el modelo del calvario.

El corazón atrás de los bastidores

Era mi costumbre, cada vez que iba a la Iglesia aunque sea por breve tiempo, de poner a las novicias conmigo, en el Sagrado Corazón de Jesús, y me parecía que El nos recibiese a todas en aquella hoguera de caridad¹³.

La femineidad de Madre Enriqueta florece y se expande toda en maternidad. Entre tantas religiosas, el apelativo de madre está a su medida.

Madre Enriqueta es madre no tanto porque es solícita a las necesidades de todos, no tanto porque pequeños y pobres tienen la seguridad de ser «alguien» en su corazón. Es madre porque es generadora de amor. Las hermanas, los niños, todas las almas que de cualquier modo rondan en torno al Instituto, «no son sus hijas», no le pertenecen. Son de Dios y a El van conducidas.

Madre Enriqueta ha comprendido bien el sentido de la maternidad espiritual. La tentación de cobijar a sus «hijas» bajo sus propias alas no la desflora. Ha renunciado también a esta satisfacción. Su tarea no es la de hacer espacio dentro de su corazón para acoger a todos, sino la de llevar a todos comprendida ella misma, dentro del corazón de Dios.

El amor maternal de Madre Enriqueta genera a Dios, su corazón de mujer por mucho que tenga un gran espacio es siempre un corazón finito. Un misero don, un amor de

¹³ Vigilia Heróica, p. 169.

criatura. Amar a los otros no es donarse a si mismos, sino donar a ellos el Corazón de Dios.

No se interpone entre sus hijas» y Dios. Una vez confiadas a El, su deber es retroceder. Cuando los hijos aprendan a proceder por propia cuenta, una verdadera madre no interfiere más. Continúa amando, pero con el corazón atrás de los bastidores.

Una verdadera madre ayuda a los hijos a crecer, pero sabe retirarse en el momento justo. De otro modo los hijos permanecerían como niños eternos.

Una verdadera madre se hace discreta pero no renuncia a ser madre. Continúa sufriendo, rezando y viviendo por los hijos. Es el amor purificado que participa, pero consumiéndose por dentro, sin alimentarse con gestos de ternura.

Es el amor más difícil. Es el amor de la Virgen María por el propio hijo. Un amor que deja libre al hijo sin perderlo de vista. Un amor que cuando el hijo sufre se plaza bajo la Cruz.

TESTIMONIOS

La mano de Dios

Es necesario sentir la mano de Dios en la propia espalda para poder poner la mano sobre la espalda de otros.

P. ZEISSIG

Basta que existan

Los testigos arrastran detrás de sí las multitudes. No piden nada, pero no obstante obtienen todo. No es necesario que hablen, basta con que existan. Su existencia es un llamado, basta que nuestro pensamiento recuerde su figura y en seguida, sometemos nuestra conducta a la fantasía.

BERGSON

Manos atravesadas por los clavos

Las almas deben estar cerca con un respeto semejante a aquel que el sacerdote tiene por la hostia. Y algunas aspiran ser tocadas solo con manos que hayan sido atravesados por clavos.

P. PLUS

El amigo

Un amigo es aquel que siempre adivina cuando se tiene necesidad de él.

JULES RENARD

Lo que Dios quiere

Se puede todo lo que se quiere, cuando se quiere lo que Dios quiere.

V. GHIKA



Espiritualidad

Un río que excava

La gracia del Buen Dios no estaba ociosa sino que obraba suave y fuertemente en mi corazón. Entablé guerra acérrima a mi amor propio y me encontré cada vez más libre en mis acciones, y mi corazón de ahí en adelante sentía gran desprecio por las cosas frívolas de este mundo, y se encontró en la feliz disposición de aceptar con santa indiferencia, y hasta diría con vivo deseo de estar contenta por cuanto de amargo y penoso al Buen Dios le hubiera gustado mandarme¹⁴.

La espiritualidad de Madre Enriqueta no es definible en un carisma, ni se limita al ejercicio de una virtud particular. Es una santidad extendida en amplitud y profundidad, contemplación y acción, interioridad y caridad; su vida mística y concreta se cruzan de manera vertical y horizontal para formar otras tantas cruces.

Madre Enriqueta va al encuentro de Dios con paso de alpinista... Gradual, metódico, sin empinamiento y sin descanso. Un proceder que si sirve de cualquier motivo, que no mira el camino hecho sino aquellos por hacer.

En la vida de Madre Enriqueta no existen momentos clamorosos, conversiones o inversiones de marcha. Su vida no corre como un río impetuoso, sino como un río tranquilo y aplacado. Pronto nos deja indiferentes. Pero esta es la impresión superficial. Para frenar aquel paso incansable se necesita tener un corazón adecuado. Y aquel río que va seguro debe haber excavado a fondo para nivelar las asperezas.

¹⁴ Vigilia Heróica, p. 86.

La gracia de Dios ha trabajado «suave y fuertemen-te» en Madre Enriqueta y a Dios le gusta trabajar a escondidas en el corazón de los hombres, sin publicidad. El anonimato de Madre Enriqueta es respecto a los hombres. Para Dios es una privilegiada. La «normalidad» de Madre Enriqueta se presenta sólo a nosotros, para Dios es horóismo. La aparente indiferencia de Madre Enriqueta es para Dios una «santa indiferencia».

Es la indiferencia que los santos conquistan después de haber renunciado al clamor, a la frivolidad, al espectáculo, a los sonidos y a las luces del mundo. Es una «indiferencia» que manifiesta silencio, misterio, escondimiento, intimidad con Dios.

Entonces, la espiritualidad de Madre Enriqueta es problemática.

Madre Enriqueta aún hoy nos pone inquietantes interrogantes, nos conduce al misterio de la gracia de Dios que obra en todos los corazones y es nuestra responsabilidad si no correspondemos como deberíamos. Madre Enriqueta nos hace notar que en cada hombre hay un santo. Si somos santos frustrados, la culpa es sólo nuestra, y esto nos desconcierta.

La fe es un tú

Me parece ser contemporáneamente la más miserable y la más feliz, la más pobre y las más rica de todas. Si me considero en mí misma me veo desprovista de todo bien y cargada de miserias; si me considero en Dios, me veo rica en su misma riqueza y me siento contenta de ser nada para que mi Dios sea todo¹⁵.

Para Madre Enriqueta la fe no es una doctrina para creer. Es una vida para expender. No se bota una existencia por una serie de fórmulas. La fe es descubrir un tú. La fórmula árida se convierte en una persona que ama. Es un período de dogmatismo y de fórmulas para aprender de memoria, Madre Enriqueta descubre a Dios como persona que ama.

Un Dios cercano, íntimo, un Dios vivo, palpitante, que interroga y contesta, que juega a las escondidas para dar alegría a quien le encuentra, que llena de ternura y propone la cruz, que corta y acaricia. Un Dios que ama. Y Madre Enriqueta se fía de El. Se abandona a El sin reserva. La fe de Madre Enriqueta es pobreza, es reducir lo humano a la esencialidad. Descarnarse para descubrir la abundancia de Dios. Y entonces Dios penetra hasta los huesos. El tú se hace el todo.

Una fe así cuesta cara porque vacía el núcleo más hondo de la personalidad. En aquel nivel de pobreza interior Dios es certeza y desorientación, es abismo y altitud, es oscuridad y fulguración, vértigo y saciedad.

¹⁵ Diario, p. 311.

La fe de Madre Enriqueta no es pacífica precisamente porque es totalmente pobre. No huye a las dudas, a la oscuridad. Es un alternar entre el vacío y el todo, la riqueza de Dios y la miseria de la criatura.

Dios parece maltratar a quien le busca, a quien se confía a El. En lugar de ponerle una mano sobre la espalda parece sacudirlo con fuerza. La fe de los santos es siempre vertiginosa.

Es la nada y el infinito que se tocan. Es el abismo que se hace montaña y viceversa. No podemos entenderlo.

Estamos en otra óptica. Dios trabaja así. Cuando encuentra el mármol justo no se pone a acariciarlo, lo descarna a golpes de cincel. Y si el hombre no grita por aquello que Dios le quita también puede convertirse en una estatua. Una obra maestra. Un santo.

Todo se tranquiliza

Pruebo siempre gran unión con Dios, que dura a veces un día y una noche y termina esta unión, dejándome con vivísimos deseos de entregarme totalmente a Dios sin reserva, gran deseo de amar y sufrir, y yo sufro porque estos deseos no se pueden satisfacer jamás. ¡Gran voluntad de Dios! Aquí todo se sosiega¹⁶.

Madre Enriqueta ha alcanzado la perfecta identidad entre su modo de ser y la voluntad de Dios. Ha entendido

¹⁶ Ibidem, p. 224.

que en el amor, Dios es impetuoso. Que se manifiesta a golpes de pasión.

Después de tantas luchas y tantos desiertos, por fin, Madre Enriqueta ha tomado el paso de Dios y en ella entra la calma.

Cuando se aprende a navegar, las olas ya no dan miedo, las tempestades se calman.

La voluntad de Madre Enriqueta y la de Dios ahora miran la misma ruta. Está convencida de su nada. Es una cáscara vacía, pero colmada de gracia. Ahora no teme más locuras de la paradoja. Fortaleza y debilidad, sombras y luces, son la misma cosa. El cerco se ha cerrado y los extremos se unen. La cruz es sinónimo de felicidad.

Lo humano y lo divino se han unido y han generado el santo. La santidad es una fórmula perfecta, una ecuación matemática. Es la dosis exacta entre aquel «poco» de hombre que se queda y aquel tanto de Dios que desborda. Los santos parecen todos un poquito locos. En realidad son los seres más equilibrados. Han descubierto las reglas de la simetría interior. Han dado a Dios el espacio justo. y en lugar de empobrecerse elevan a potencia infinita su humanidad.

Y donde está Dios no sólo queda espacio para nosotros mismos sino que alcanza también para los demás... Para todos los hombres.

Por eso la santidad no es nunca una cuestión privada. Es siempre un hecho que concierne a todos, porque todos somos vestidos de su amor.

La fórmula de la santidad no es secreta y no es difícil. Basta encontrar una dosis justa. O sea, el *todo* de Dios y la *nada* de nosotros mismos.

Todo me lleva a Dios

Todo cuanto sucede en mí, fuera de mí, y las cosas puras que siento y que veo, también las más indiferentes y comunes, buenas o malas, todo me lleva a Dios¹⁷.

El velo que parece cubrir las semblanzas espirituales de Madre Enriqueta es el misterio de Dios que habita en ella. La gracia ha limado todas las asperezas de la criatura. Ahora en Madre Enriqueta nada ha quedado de superfluo. Todo es gracia y todo es motivo y ocasión para acrecentar-lo. Madre Enriqueta y Dios viven en simbiosis.

Los santos no pasan nunca de moda. Son de todos los tiempos porque pertenecen a Dios que es sin tiempo.

Nuestro siglo está caracterizado de luchas y conquistas para recuperar todos los valores de la persona, y la emancipación femenina es la punta del diamante de estas reivindicaciones legítimas.

Madre Enriqueta se ha anticipado cien años a nuestro tiempo. La plenitud de su femineidad, la interpretación de la autoridad, como servicio, la total disponibilidad a la gracia, el uso heroico de lo normal la hacen todavía hoy ejemplar.

Una vida vivida como la de Madre Enriqueta no puede ser arañada en el transcurrir del tiempo. Cien años para entender a un santo son pocos. Madre Enriqueta esta todavía por «conocer».

¹⁷ De la carta, p. 436.

Hoy la humanidad está en afanosa búsqueda de modelos extraordinarios para imitar las vidas «exitosas».

Pero los verdaderos héroes son aquellos que saben afrontar con coraje lo cotidiano.

Esperando las magníficas ocasiones, el tiempo útil transcurre. El tiempo está hecho de horas, de minutos, de segundos. Aquello es lo que en realidad cuenta.

El mensaje de Madre Enriqueta es una invitación a vivir el presente, a descubrir cada situación «normal» como una ocasión de gracia para no desperdiciarla. No existen situaciones heroicas, la vida es toda heroica o es nada.

La gracia «trabaja» a todas horas, en todos los minutos y en todos los segundos.

Depende de nosotros ser santos o vegetales.

TESTIMONIOS

Sobreabundancia de amor.

Todos los santos mueren de amor, Moriran también de cualquier enfermedad, pero ciertamente mueren de amor. Ellos llegan a una plenitud, a una sobreabundancia, a un enriquecimiento tal de amor, que en cierto momento este amor no puede estar contenido en los límites de la perso-na.

ARTURO PAOLI

Escuela severa

Cuando estamos afanados por buscar a propósito la oca-sión de hacer entrar la fe en nuestras conversaciones, se demuestra poseerla muy poca, es pensar que la fe es algo artificial agregado a la vida y no a un modo de vivir, de pensar. Pero cuando esta ocasión no se busca a condición que se haga escuela y escuela severa se presentará por si sola y será siempre presente.

LORENZO MILANI



FRUTOS

Del granito al árbol

Desde aquel tiempo se abrió una nueva era para nuestro Instituto y nosotros nunca podremos bendecir suficientemente a la divina bondad por habernos mirado con ojos benévolos, dandonos así motivo a esperar siempre los mejores efectos de su infinita misericordia¹⁸.

La santidad de Madre Enriqueta tiene raíces su-mergidas en el infinito de Dios. Pero de su vida «pequeña como el granito de mostaza» se ha desarrollado un árbol vigoroso. Cristo ha establecido un test para valuar un árbol: «por los frutos los conoceréis». Y los frutos que han sacado de la linfa de Madre Enriqueta son «buenos».

Madre Enriqueta no es la fundadora de la Congregación de las Hermanas de Santa Ana. Pero hasta hoy, el Instituto conserva la fisonomía que ella le ha conferido. Hasta hoy el ejemplo de Madre Enriqueta inspira y estimula la obra de «sus hijas».

La congregación surge en 1834 por iniciativa de una pareja piamontesa, los marqueses Falletti de Barolo.

Ellos querían proveer el sustento y la educación de jóvenes necesitadas, ofreciéndoles la posibilidad de seguir la eventual vocación religiosa.

El 26 de Julio de 1835, las primeras seis postulantes visten el hábito religioso y empiezan el noviciado. A ellas está confiado el primer encargo caritativo y apostólico.

¹⁸ Crónicas del Instituto, p. 61.

En 1842, la Congregación recibe la aprobación diocesana y cuatro años después la de la Sede Apostólica.

La primera Superiora General es Sor María de los Angeles. A causa de malos entendidos e incomprensiones

entre la fundadora y la Madre María de los Angeles, surgen tensiones en el interior de las comunidades. A este punto emerge en la historia del Instituto una

religiosa que, si bien joven, manifiesta sabiduría y madurez. Es sor Enriqueta. Elegida Madre General, Imprime un cambio decisivo en la vida del Instituto.

Recompone las laceraciones Internas y abre nuevas casas, funda misiones, instaura un clima de caridad y servicio restablece una relación de respeto y devoción hacia la fundadora.

Por treinta años la vida del Instituto se identifica casi con la biografía de Madre Enriqueta. Es la mujer justa en el momento justo. Es el don que Dios hace al Instituto. Pequeña semilla que encierra ya la exhuberancia de los frutos.

Amor a toda costa

Nos ofrecimos espontáneamente a curar los enfermos de cólera en el Lazareto... Por mi parte, iba con mucho gusto, y desde el principio me ofrecí a Dios para morir de aquel mal, si fuera su voluntad¹⁹.

¹⁹ Crónicas del Instituto, p. 61.

En 1835, los fundadores de la Congregación confían a las primeras hermanas, siete jóvenes pobres, huérfanas de padre y madre por motivo del cólera. El camino de la Congregación se inicia con un paso firme y bueno: el paso del amor. Madre Enriqueta pondrá como razón de ser del Instituto, el empeño caritativo.

Hoy las hermanas de Santa Ana siguen sin triunfalismos y con toda sencillez, el surco trazado por Madre Enriqueta. El servicio a los «pequeños» es un deber natural, una misión «normal», una solicitud ofrecida con «gusto», si bien cuesta sacrificio. El estilo de Madre Enriqueta aún forma texto.

El amor es «la prestación» que el pueblo de Dios garantiza al mundo desde hace dos mil años. Es la fuerza de la Iglesia.

Para los cristianos el testimonio de la caridad es una obligación. El amor es siempre un argumento convincente. La Iglesia no necesita de grandes teólogos ni de oradores. Necesita de «obreros» del amor. Madre Enriqueta ha señalado para el Instituto un programa que es el camino maestro del cristianismo. El amor a los «pequeños» no es un descubrir original de Madre Enriqueta. Ella una vez más ha encontrado el centro.

La originalidad de Madre Enriqueta es la de no pararse a mitad del camino en el amor. O la caridad está dispuesta «hasta la muerte» o es otra cosa: solidaridad, fraternidad, participación. Todas son bellas virtudes pero que no tienen nada que ver con el «mandamiento nuevo» de Cristo. El testamento de Madre Enriqueta a su Instituto es: «amar a todos y a toda costa». Sus últimas palabras a sus «hijas»: «encomiendo la humildad... y la humildad».

Después de un siglo, las hermanas de Santa Ana testimonian con su obra que la herencia de Madre Enriqueta es todavía el patrimonio más precioso.

Lanzar el corazón adelante

He prometido a ellas que las tendría como mis benjaminas. ¡Pobres hermanas! Hicieron un sacrificio tan grande, que bien se merecen este querido nombre²⁰.

El impulso apostólico de Madre Enriqueta no tiene fronteras. Su fe y su caridad brotan. Nunca ha sido misionera, pero tiene el espíritu de los apóstoles de raza. Su corazón late con el corazón de la Iglesia. Cuando en 1371 ve a sus hermanas zarpar hacia la India, les acompaña con estas palabras: «¡Animo! Acuérdense que Dios no se muda». Y quizás pensaba en la fidelidad de Dios en sus confrontaciones. Un Dios que había aceptado su oferta y le donaba ser misionera con el corazón de sus hermanas. Ella ha vivido en tensión el sueño de llevar a Cristo a todos los continentes, más allá de los acéanos.

Ser misionera en tener el corazón grande como el mundo, es tener el respiro de la Iglesia. Para quien ha recibido la fe como gracia inmerecida, difundirla se vuelve una necesidad urgente e irrefrenable.

La misionera es la respuesta al gemido de Cristo sobre la escasez de los obreros para la «viña». Es la respuesta a su deseo de unidad entre todos los hombres.

²⁰ Enrichetta donna di Dio, p. 207.

El empuje misionero imprimido por Madre Enriqueta no se ha consumido. hoy el Instituto está proyectado en esta visión de la catolicidad. Está atento para acoger el llamado que llega de todas las regiones del mundo.

Además de las misiones de la India, las Hermanas de Santa Ana están presente en Suiza, U.S.A., Brasil, México, Filipinas, Camerún (Africa), Perú y Argentina. Es un fervor de iniciativas que dan al Instituto una huella pionera.

Donde Cristo llama la hermana allí está de casa. Las misioneras son las «benjamins», o sea el corazón del Instituto.

En tiempos como los nuestros en los cuales muchas jóvenes se marchitan sin ideales, Madre Enriqueta les indica horizontes amplios como el mundo, lejanos como la mirada de Dios.

A todos, Madre Enriqueta enseña a lanzar el corazón adelante. A estrechar a todos los hombres con los brazos de Cristo.

TESTIMONIOS

Una sopa caliente

Si estáis raptados en éxtasis tan alto como San Pablo, si escucháis que un enfermo tiene necesidad de una sopa caliente o de cualquier otro socorro, yo os aconsejo despertaros un instante del éxtasis y calentar la sopa.

G. RUYSBROECK

El amor es un acto de amor

Es Anticristiano pensar que el amor sea sentimiento o algo semejante. Esta es la definición estética, que se aplica también al erótico y sensual. Del punto de vista cristiano el amor es acto de amor. El amor de Cristo no fue aquel sentimiento interior y aquel corazón profundo; sino un acto de amor, en el cual se resumía su vida.

S. KIERKEGAARD

Navegar más allá

En Dios se abren nuevos océanos para quien quiere navegar más allá.

LUIS DE LEON

El creyente

El verdadero creyente no tiene ventanas.

MARIE NOEL

INDICE

- 5 Datos biográficos

MUJER

- 9 La punta emergente
10 La escuela más ruda
12 El heroísmo de la normalidad
13 Mujer realizada
14 **Testimonios**

RELIGIOSA

- 19 De cada piedra una flor
20 La lógica de los santos
22 La oración que grita
23 La cruz que se vuelve existencia
25 **Testimonios**

SUPERIORA

- 29 Los platos o el Papa
30 La repugnancia aprovechada
32 El corazón tras los bastidores
34 **Testimonios**

ESPIRITUALIDAD

- 37 Un río que excava
39 La fe es un Tu
40 Todo se tranquiliza
42 Todo me lleva a Dios
44 **Testimonios**

FRUTOS

- 47 Del granito al árbol
48 Amor a toda costa
50 Lanzar el corazón adelante
52 **Testimonios**

Enriqueta es una santa que nos mete en crisis.

Apenas ponemos el ojo en su "normalidad", nos descubrimos asomados en los abismos de Dios, al umbral de los vértigos, y debemos tomar conciencia que bajo nuestra existencia de cristianos "normales", también cobra el heroísmo de la santidad. Enriqueta nos interpela, nos incomoda y nos pone dentro el deseo de adivinar su misterio, de descubrir la llave de su fascinación, de entender el secreto de su atracción. Este librito no es la mini-biografía de Madre Enriqueta Domínici de las Hermanas de Santa Ana. Es el tentativo de esbozar en líneas internas el perfil de una mujer común, porque es Dios quien la trabaja. Es una santa del cotidiano, de las ocasiones de todos, que son siempre ocasiones de Dios. Y, nos falta solamente, que sepamos reconocerlas y vivirlas "en aquella manera", así como Enriqueta.

